



No es este el Periquillo que cantando
o haciendo no se qué se llevó el viento.
Este Perico sin cantar, va dando
a muchos mil lecciones de escarmiento.

Su fin es delectar aprovechando
a quien su vida quiera leer alento.
Tal el carácter es de mi Perico.
Escucha pues, lector que ya abre el pico.

ADVERTENCIA PRECISA.

Es menester tener presente que esta obra se escribió é imprimió en el año de 1816, bajo la dominación española, estando el autor mal visto de su gobierno por patriota, sin libertad de imprenta, con sujeción á la censura de oidores, canónigos y frailes; y lo que es mas que todo, con la necia y despota Inquisición encima. Aunque en las advertencias generales se disculpan las largas digresiones, nos tomamos la licencia de acortarlas, así como la de omitir unas notas y añadir otras, con algunas variantes que advertirá si quiere y puede el curioso lector.

Otra. Las notas con que se ha aumentado la presente edición, para que no se confundan con las anteriores, llevarán al fin una E.



PRÓLOGO, DEDICATORIA Y ADVERTENCIAS

A LOS LECTORES.

Sñores míos: Una de las cosas que me presentaban dificultades para dar á luz la *Vida de Periquillo Sarniento*, era elegir persona á quien dedicársela, porque yo he visto infinidad de obras de poco y mucho mérito, adornadas con sus dedicatorias al principio.

Esta continuacion ó esta costumbre continuada, me hizo creer que algo bueno tenia en sí, pues todos los autores procuraban elegir Mecenas ó patronos á quienes dedicarles sus tareas; creyendo que el hacerlo así, no podia menos que grangearles algun provecho.

Me confirmé mas en esta idea, cuando leí en un librito viejo, que ha habido quienes han pactado dedicar una obra á un sugeto, si le daba tanto: otro que dedicó su trabajo á un potentado, y despues la consagró á otro con distinto nombre: Tomás Fuller, famoso historiador inglés, que dividia sus obras en muchos tomos, y á cada tomo le solicitaba un magnate: otros que se han dedicado á sí mismos sus producciones; y otros, en fin, que han consentido que el impresor de sus obras se las dedique.

En vista de esto, decia yo á un amigo: no, mi obra no puede quedarse sin dedicatoria; eso no viviendo Cárlos. ¡Qué dijera de mí el mundo, al ver que mi obrotá no tenia al frente un excelentísimo, ilustrísimo, ó por lo menos, un señor usía que la hubiera acogido bajo su proteccion?

Fuera de que no puede menos que tener cuenta el dedicar un libro á algun grande ó rico señor; porque ¿quién ha de ser tan sinvergüenza que deje dedicarse una obra: desempolvar los huesos de sus abuelos; levantar testimonios á sus ascendientes; rastrear sus genealogías; enredarlos con los Pelayos y Guzmanes; mezclar su sangre con la de los reyes del Oriente; ponderar su ciencia aun cuando no sepa leer; preconizar sus virtudes, aunque no las conozca; separarlo enteramente de la comun masa de los hombres y divinizarlo en un abrir y cerrar de ojos? Y por último, ¿quien será, repetia yo al amigo, tan indolente, que viéndose lisongeadó á roso y á velloso *ante faciem Populi** y no menos que en letras de molde, se maneje con tanta mezquindad que no me costee la impresion, que no me consiga un buen destino, ó cuando todo turbio corra, que no me manifieste su gratitud con una docenita de onzas de oro para una capa, pues no merece menos el ímprobo trabajo de inmortalizar el nombre de un Mecenas?

¿Y á quién piensas dedicar tu obrita? me preguntó mi amigo. A aquel señor que yo considerase se atreviera á costearme la impresion. ¿Y á cuánto podrán abordar sus costos? me dijo. A cuatro mil y ciento y tantos pesos, por ahí, por ahí. ¡Santa Bárbara! exclamó mi amigo todo azorado. ¿Una obrita de cuatro tomitos en cuarto cuesta tanto? Sí, amigo, le dije, y esta es una de las trabas mas formidables que han tenido y tendrán los talentos americanos, para no lucir como debieran en el teatro literario. Los grandes costos que tienen en el reino que lastarse en la impresion de las obras abultadas, retraen á muchos de emprenderlas, considerando lo espuestos que

* A la faz del mundo.

están, no solo á no lograr el premio de sus fatigas, sino tal vez á perder hasta su dinero, quedándose idéntas en los estantes muchas preciosidades que darian provecho al público y honor á sus autores.

Esta desgracia hace que no haya esportacion de ninguna obra impresa aquí; porque haz de cuenta que mi obrita ya impresa y encuadernada, tiene de costo por lo menos ocho ó diez pesos; pues aunque fuera una obra de mérito, ¿cómo habia yo de mandar á España un cajon de ejemplares, cuando si aquí es cara, allí lo seria excesivamente? porque si á diez pesos de costos se agregaban otros dos ó tres de fletes, derechos y comision, ya deberia valer sobre trece pesos: para ganar algo en este comercio era preciso vender los ejemplares á quince ó diez y seis pesos, y entónces ¿quién la compraria allá?

¡Válgame Dios! dijo mi amigo; esa es una verdad: pero eso mismo debe retraerte de solicitar Mecenas. ¿Quién ha de querer arriesgar su dinero para que imprimas tu obrita? Vamos: no seas tonto, guárdala ó quémala, y no pienses en hallar proteccion, porque primero perderás el juicio.

Ya parece que veo que gastas el dinero que no tienes en hacer poner en limpio y con mucha curiosidad tus cuadernos; que echas el ojo para dedicarlos al conde H, creyendo que porque es conde, que porque es rico, que porque es liberal, que porque gasta en un coche cuatro mil pesos, en un caballo quinientos, en un baile mil, en un juego cuanto quiere, admitirá benigno tu agasajo: te dará las gracias, te ofrecerá su proteccion, te facilitará la imprenta, ó te dará cuando ménos una buena galita como dijiste. Fiado en esto, vas á su casa, rastreas á sus parientes, indagas su origen, buscas en el diccionario de Moreri alguna gran casa que tenga alusion con su apelli-

do, lo encajas en ella quiera que no quiera: levantas mil testimonios á sus padres, lo haces descender de los Godos, y le metes en la cabeza que es de sangre real y pariente muy cercano de los *Sigericos*, *Torismundos*, *Theudiselos* y *Athanagildos*; á bien que él no los conoció, ni nadie se ha de poner á averiguarlo. Ultimamente, y para decirlo de una vez y bien claro, trabajas cuanto puedas para hacerle una *barba* de primera clase; y ya concluida la dedicatoria, vas muy fruncido y se la pones á sus plantas. Entónces el señor que ve aquel celemin de papel escrito, y que solo por no leerlo, si se lo mandaran, daría cualquier dinero, se rie de tu simpleza. Si está de mal humor, ó no te permite entrar á verlo, ó te echa noramala luego que penetra tu designio; pero si está de buenas, te da las gracias y te dice: que hagas lo que quieras de la dedicatoria; pero que los insurgentes... que las guerras y las actuales críticas circunstancias no le permiten serte útil por entónces para nada.

Sales tú de allí todo mohino, pero no desesperado. Vas y acometes con las mismas diligencias al marqués de K, y te pasa lo mismo: ocurres al rico G, y te acontece lo propio: solicitas al canónigo T; idem: hasta que cansado de andar por todo el alfabeto, y de trabajar inútilmente mil dedicatorias te aburres y desesperas, y das con tu pobre trabajo en una tienda de aceite y vinagre. Es gana, hijo, los pobres no debemos ser escritores, ni emprender ninguna tarea que cueste dinero.

Cabizbajo estaba yo oyendo á mi amigo con demasiada confusion y tristeza, y luego que acabó le dije arrancando un suspiro de lo mas escondido de mi pecho: ¡hoy hermano de mi alma! tú me has dado un desengaño, pero al mismo tiempo una gran pesadumbre. Si, tú me has

abierto los ojos estrellándome en ellos una porcion de verdades que por desgracia son irrefragables; y lo peor es que todo ello pára en que yo pierdo mi trabajo; pues aunque soy limitado, y por lo mismo, de mis tareas no se puede esperar ninguna cosa sublime, sino bastante humilde y trivial, creeme, esta obrita me ha costado algun trabajo, y tanto mas, cuanto que soy un *chambon* y la he bajado sin herramienta.

Esto lo dirás por la falta de libros.—Por eso lo digo; ya verás que esto ha multiplicado mis afanes; y será buen dolor que despues de desvelarme, de andar buscando un libro prestado por allí y otro por acullá, despues de tener que consultar esto, que indagar aquello, que escribir, que borrar algo &c., cuando yo esperaba socorrer de algun modo mis pobrerías con esta obrita, se me quede en el cuerpo por falta de proteccion... ¡voto á los diablos! mas valía que se me hubieran quedado treinta purgas y veinte lavativas... Calla, me dijo mi amigo, que yo te voy á proponer unos Mecenás que seguramente te costearán la impresion.

¡Ay hombre! ¡quiénes son? dije yo lleno de gusto. Los lectores, me respondió el amigo. ¡A quiénes con, mas justicia debes dedicar tus tareas, sino á los que leen las obras á costa de su dinero? Pues ellos son los que costean la impresion, y por lo mismo sus Mecenás mas seguros. Con que aliéntate, no seas bobo, dedícales á ellos tu trabajo y saldrás del cuidado.

Le dí las gracias á mi amigo; él se fué: yo tomé su consejo, y me propuse desde aquel momento dedicarlos, Señores Lectores, la *Vida* de tan mentado *Periquillo Sarniento*, como lo hago.

Pero á usanza de las dedicatorias y á fuer de lisongero

ó agradecido, yo debo tributaros los mas dignos elogios, asegurado de que no se ofenderá vuestra modestia.

Y entrando al ancho campo de vuestros tímberes y virtudes, ¿qué diré de vuestra ilustrísima cuna, sino que es la mas antigua y llena de felicidades en su origen, pues descendéis no ménos que del primer monarca del universo?

¿Qué diré de vuestras gloriosas hazañas, sino que son tales, que son imponderables é insabibles?

¿Qué, de vuestros títulos y dictados, sino que sois y podeis ser, no solo tú ni vos, sino usías, ilustrísimos, reverendísimos, excelentísimos y qué sé yo si eminentísimos, serenísimos, altezas y magestades? Y en virtud de esto, ¿quién será bastante á ponderar vuestra grandeza y dignidad? ¿Quién elogiará dignamente vuestros méritos? ¿Quién podrá hacer ni aun el diseño de vuestra virtud y vuestra ciencia? ¿Ni quién, por último, podrá numerar los retumbantes apellidos de vuestras ilustres casas, ni las águilas, tigres, leones, perros y gatos que ocupan los cuarteles de vuestras armas?

Muy bien sé que descendéis de un ingrato, y que tenéis relaciones de parentesco con los Caines fratricidas, con los idólatras Nabucos, con las prostitutas Dalilas, con los sacrilegos Baltazares, con los malditos Canes, con los traidores Judas, con los pérfidos Sinones, con los Cacos ladrones, con los hereges Arrios, y con una multitud de pícaros y pícaras que han vivido y aun viven en el mismo mundo que vosotros.

Sé que acaso sereis algunos plebeyos, indios, mulatos, negros, viciosos, tontos y majaderos.

Pero no me toca acordaros nada de esto, cuando trato de captar vuestra benevolencia y aficion á la obra que os

dedico; ni menos trato de separarme un punto del camino trillado de mis maestros *los dedicadores*, á quienes observo desentenderse de los vicios y defectos de sus Mecenas, y acordarse solo de las virtudes y lustre que tienen para repetírselos y exagerárselos.

Esto es, ó serenísimos Lectores, lo que yo hago al dedicaros esta pequeña obrita que os ofrezco, como tributo debido á vuestros *reales*. . . méritos.

Dignaos, pues, acogerla favorablemente, comprando cada uno seis ó siete capítulos cada dia, * y suscribiendoos por cinco ó seis ejemplares á lo ménos, aunque despues os déis á Barrabás por haber empleado vuestro dinero en una cosa tan friona y fastidiosa; aunque me critiquéis de arriba á bajo, y aunque hagáis cartuchos ó servilletas con los libros; que como costéis la impresion con algunos polvos de añadidura, jamas me arrepentiré de haber seguido el consejo de mi amigo; ántes desde ahora para entónces y desde entónces para ahora, os escojo y elijo para únicos Mecenas y protectores de cuantos mamarrachos escribiere, llenandoos de alabanzas como ahora, y pidiendo á Dios que os guarde muchos años, os dé dinero, y os permita emplearlo en beneficio de los autores, impresores, papeleros, comerciantes, encuadernadores y demás dependientes de vuestro gusto.

Señores. . . &c.

Vuestro. . . &c.

El Pensador.

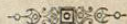
* En la primera edicion salió la obra por capítulos sueltos.



EL PROLOGO

DE

PERIQUILLO SARNIENTO.



CUANDO escribo mi vida, es solo con la sana intencion de que mis hijos se instruyan en las materias sobre que les hablo.

No quisiera que salieran estos cuadernos de sus manos, y así se los encargo; pero como no sé si me obedecerán, ni si se les antojará andar prestándolos á éste y al otro, me veo precisado (para que no anden royendo mis podridos huesos, ni levantándome falsos testimonios) á hacer yo mismo y sin fiarme de nadie, una especie de *Prólogo*; porque los prólogos son tapaboca de los necios y maliciosos, y al mismo tiempo son, como dijo no sé quien, unos remedios anticipados de los libros, y en virtud de esto digo: que esta obrita no es para los sabios, porque estos no ne-

cesitan de mis pobres lecciones; pero sí puede ser útil para algunos muchachos que carezcan, tal vez, de mejores obras en que aprender, ó tambien para algunos jóvenes (ó no jóvenes) que sean amigos de leer novelitas y comedias; y como pueden faltarles ó no tenerlas á mano algun dia, no dejarán de entretenerse y pasar el rato con la lectura de mi vida descarriada.

En ella presento á mis hijos muchos de los escollos en donde mas frecuentemente se estrella la mocedad cuando no se sabe dirigir, ó desprecia los avisos de los pilotos experimentados.

Si les manifiesto mis vicios no es por lisonjearme de haberlos contraido, sino por enseñarles á que los huyan pintándoles su deformidad; y del mismo modo, cuando les refiero tal cual accion buena que he practicado, no es por ganjearme su aplauso, sino por enamorarlos de la virtud.

Por iguales razones espongo á su vista y á su consideracion vicios y virtudes de diferentes personas con quienes he tratado, debiendo persuadirse á que casi todos cuantos pasages refiero son ciertos, y nada tienen de disimulado ó fingido sino los nombres, que los he procurado disfrazar por respeto á las familias que hoy viven.

Pero no por esto juzgue ninguno que yo lo retrato: hagan cuenta en hora buena que no ha pa-

sado nada de cuanto digo, y que todo es ficcion de mi fantasia; yo les perdonaré de buena gana el que duden de mi verdad, con tal que no me calumnien de un satírico mordaz. Si se halla en mi obrita alguna sátira picante, no es mi intencion zaherir con ella mas que al vicio, dejando inmunes las personas, segun el amigo Marcial:

Hunc servare modum nostri novere libelli:
Parcere personis, dicere de vitiis.

Así, pues, no hay que pensar que cuando hablo de algun vicio, retrato á persona alguna, ni aun con el pensamiento, porque el único que tengo es de que deteste el tal vicio la persona que lo tenga, sea cual fuere, y hasta aquí nada le hallo á esta práctica ni á este deseo de reprehensible. Mucho menos que no escribo para todos, sino solo para mis hijos que son los que mas me interesan, y á quienes tengo obligacion de enseñar.

Pero aun cuando todo el mundo lea mi obra, nadie tiene que mosquearse cuando vea pintado el vicio que comete, ni atribuir entónces á malicia mia lo que en la realidad es perversidad suya.

Este modo de criticar, ó por mejor decir, de murmurar á los autores, es muy antiguo, y siempre ejercitado por los malos. El Padre S. Ge-

rónimo se quejaba de él, por las imposturas de Onaso, á quien decia: *si yo hablo de los que tienen las narices podridas y hablan gangoso, ¿por qué habeis de reclamar luego, y decir que lo he dicho por vos?* ↗

De la misma manera digo: si en esta mi obrita hablo de los *malos* jueces, de los escribanos *criminalistas*, de los abogados *embrolladores*, de los médicos *desaplicados*, de los padres de familia *indolentes &c., &c.*, ¿por qué al momento han de saltar contra mí los jueces, escribanos, letrados, médicos y demas, diciendo que hablo mal de ellos, ó de sus facultades? Esto será una injusticia y una bobería, pues al que se queja, algo le duele, y en este caso, mejor es no darse por entendido, que acusarse, sin que haya quien le pregunte por el pie de que cojea.

Comencé al principio á mezclar en mi obrilla algunas sentencias y versos latinos; y sin embargo de que los doy traducidos á nuestro idioma, he procurado economizarlos en lo restante de mi dicha obra; porque pregunté sobre esto al Sr. Muratori, y me dijo que *los latines son los tropezones de los libros* para los que no los entienden.

El método y el estilo que observo en lo que escribo, es el mio natural y el que menos trabajo me ha costado, satisfecho de que la mejor elocuencia es la que mas persuade, y la que se con-

forma mas naturalmente con la clase de la obra que se trabaja.

No dudo que así por mi escaso talento, como por haber escrito casi *currente cálamo*, abundará la presente en mil defectos, que darán materia para ejercitarse la crítica menos escrupulosa. Si así fuere, yo prometo escuchar á los sábios con resignacion, agradeciéndoles sus lecciones á pesar de mi amor propio, que no quisiera dar obra alguna que no mereciera las mas generales alabanzas; aunque me endulza este sinsabor saber que pocas obras habrá en el orbe literario que carezcan de lunares en medio de sus mas resplandecientes bellezas. En el astro mas luminoso que nos vivifica, encuentran manchas los astrónomos.

En fin, tengo un consuelo, y es que mis escritos precisamente agradarán á mis hijos para quienes, en primer lugar los trabajé; si á los demás no les acomodare, sentiré que la obra no coresponda á mis deseos, pudiendo decir á cada uno de mis lectores lo que Ovidio á su amigo Pison: „Si mis escritos no merecen tu alabanza, á lo menos yo quise que fueran dignos de ella.” De esta buena intencion me lisongo, que no de mi obra.

Quod si digna tua minus est mea pagina laude,
At voluisse sat est: animum non carmina jacto.

ADVERTENCIAS GENERALES

A LOS LECTORES.

ESTAMOS entendidos de que no es uso adornar con notas ni testos esta clase de obras *romancescas*, en las que debe tener mas parte la accion que la moralidad explicada, no siendo ademas susceptibles de una frecuente erudicion; pero como la idea de nuestro autor no solo fué contar su vida, sino instruir cuanto pudiera á sus hijos, de ahí es que no escasea las digresiones que le parecen oportunas en el discurso de su obra, aunque (á mi parecer) no son muy repetidas, inconexas ni enfadosas.

Yo, coincidiendo con su modo de pensar, y en obsequio de la amistad que le profesé, he procurado ilustrarla con algunas que pienso concurren á su misma intencion. Al propio tiempo, para ahorrar á los lectores menos instruidos los tropezones de los latines, como él recuerda, dejo la traduccion castellana en su lugar, y unas veces pongo el testo original entre las notas: otras solo las citas, y algunas veces lo omito enteramente. De manera, que el lector en romance nada tiene que interrumpir con la secuela de la lectura, y el lector latino acaso se agrada de leer lo mismo en su idioma original.

Periquillo, sin embargo de la economía que ofrece, no deja de corroborar sus opiniones con la doctrina de los poetas y filósofos paganos.

En uso de las facultades que él me dió para que corrigiera, quitará ó añadirá lo que me pareciera en su obra, pude haberle suprimido todos los testos y autoridades dichas; pero cuando batallaba con la duda de lo que debía de hacer, lei un párrafo del eruditísimo Jamin que vi-

no á mi propósito, y dice así: "He sacado mis reflexiones de los filósofos profanos, sin omitir tampoco el testimonio de los poetas, persuadido á que el testimonio de estos... aunque voluptuosos por lo comun, establecia la severidad de las costumbres de un modo mas fuerte y victorioso que el de los filósofos, de quienes hay motivo de sospechar, que sola la vanidad les ha movido á establecer la austeridad de las máximas en el seno de una religion supersticiosa, que al mismo tiempo lisongeaba todas las pasiones. En efecto, al oír á un escritor voluptuoso hablar con elogio de la pureza de las costumbres, se evidenciará que únicamente la fuerza de la verdad ha podido arrancar de su boca tan brillante testimonio."

Hasta aquí el célebre autor citado, en el párrafo XX del prefacio á su libro titulado: *El fruto de mis lecturas*. Ahora digo: si un jóven voluptuoso, ó un viejo apelmazado con los vicios ve estos mismos reprendidos, y las virtudes contrarias elogiadas, no en boca de los Anacoretas y Padres del Yermo, sino en la de unos hombres sin religion perfecta, sin virtud sólida, y sin la luz del Evangelio, ¿no es preciso que forme un concepto muy ventajoso de las virtudes morales? ¿no es creible que se avergüence al ver reprendidos y ridiculizados sus vicios, no ya por los Pablos, Crisóstomos, Agustinos ni demas padres ni doctores de la iglesia, sino por los Horacios, Juvenales, Sénecas, Plutarcos y otros ciegos semejantes del paganismo? Y el amor á la sana moral, ó el aborrecimiento al vicio que produzca el testimonio de los autores gentiles, ¿no debe ser de un interes recomendable, así para los lectores como para la misma sociedad? A mí á lo ménos así me lo parece, y por tanto no he querido omitir las autoridades de que hablamos.



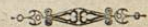
VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO,

escrita por él

PARA SUS HIJOS.



CAPITULO I.

Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razon de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia.

POSTRADO en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignacion el dia en que, cumplido el órden de la divina Providencia háyais de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepais guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan, y aun lastiman al hombre en el discurso de sus dias.

Deseo que en esta lectura aprendais á desechar muchos errores que notareis admitidos por mí y por otros, y que prevenidos con mis lecciones, no os espongais á sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa; satisfechos de